

SOCIEDAD Y ESTADO EN HAITÍ*

Las líneas que siguen tienen el propósito de dar cuenta de un debate sostenido en el Taller sobre las Relaciones entre la Sociedad Civil y las Autoridades Públicas en Haití, celebrado en la localidad de Gressier, al suroeste de Puerto Príncipe, entre el 20 y el 22 de junio de 2006.¹ En ellas se entrelazan testimonios y reflexiones de los participantes haitianos y mis apreciaciones personales. La profundidad, el carácter directo y claro del intercambio, lo novedoso, e incluso audaz, que hallé en lo que allí se expuso, motivó la decisión de apresurar una versión de mis notas, y de publicarla con la esperanza de contribuir con algunas consideraciones personales al debate. Uno de los límites que suelen presentarse en encuentros de este tipo se debe a que el análisis y las propuestas de los resultados suelen quedar en las instancias académicas o las asociaciones que los conducen. Estimo que la primera virtud de la discusión que trato de reflejar radica en la activa participación de los entrevistados en la primera etapa de la investigación,

* Publicado en el no. 244 de la revista *Casa de las Américas*, julio-septiembre, 2006.

¹ Segunda etapa de una investigación-acción dirigida por la ONG Développement et Civilisations Lebret-Irfed de París, y el Institut Culturel Karl Lévêque de Puerto Príncipe, con doce organizaciones populares haitianas.

cuyos criterios fueron decisivos en las valoraciones y las propuestas que se formularon en el Taller.

Sabemos que la dramática realidad haitiana —que no es necesario describir ahora en cifras ni relatos— se vincula a los efectos del prolongado proceso de aislamiento y exclusión que siguió a la independencia, en el marco del cual tuvo lugar una impresionante desestructuración socioeconómica y una aguda deformación institucional, y se formó un cuadro de desempleo total para la población. Creo que podemos admitir también como algo consensuado que el mérito que tiene Haití de haber protagonizado la Revolución pionera en la América Latina ha sido escamoteado de manera sistemática por la historiografía “occidental”, para atribuirle a aquella hazaña sin igual las culpas de la conversión de la colonia más rica en la nación más empobrecida, devastada y desfigurada del continente.

El hecho es que la introducción del modelo neoliberal en Haití presenta, en consonancia con el curso de la marginación secular sufrida por el país, diferencias con el resto de las experiencias latinoamericanas. En el tiempo político reciente, entre el derrocamiento del último Duvalier en 1986, por la acción de un genuino movimiento popular, y la elección de Jean Bertrand Aristide a la Presidencia en 1990 (también sin precedente como expresión de ejercicio democrático), medió un quinquenio de inestabilidad política regido principalmente por dictaduras militares, que continuó, después de su derrocamiento en 1991, hasta su restitución tres años después. Las urnas volvieron a funcionar durante una década para llevar a René Preval a la presidencia, y de nuevo a Aristide, y depuesto este otra vez por la fuerza, se hacen efectivas una vez más para el retorno de Preval.

Me limito a subrayar que al cabo de estos 20 años los dispositivos electorales, aun cuando han servido para dar muestras en tres ocasiones de la voluntad popular en Haití, han logrado muy poco alcance, y en la última década el país ha tenido que vivir en la práctica bajo un régimen de intervención, transferida de manos estadounidenses a la Misión de Es-

tabilización de Naciones Unidas (MINUSTAH), constituida bajo el pretexto de propiciar un clima que facilitara la celebración de elecciones, y encomendada a destacamentos militares de países latinoamericanos en su mayor parte. Fuerzas de Paz que consumen un grueso presupuesto internacional sin mostrar la menor capacidad para neutralizar la acción de los *chimeres* (cuerpos represivos paramilitares cuyos métodos se asemejan a los utilizados por los *ton-ton macoutes* de los Duvalier), y contribuir a una reducción efectiva de la criminalidad, cuya expresión más novedosa consiste hoy en la conversión del secuestro en medio de vida.

La presencia interventora (MINUSTAH) no tiene como misión servir al pueblo haitiano sino al Estado, que padece, en su debilidad, la imposibilidad de rechazarla. Al margen de la evidencia de la cesión de soberanía que esta situación implica, las instituciones públicas haitianas no se sienten en posesión, en el presente, de los instrumentos confiables para asegurar un nivel convincente de respeto a la legalidad. Y las fuerzas interventoras tampoco son capaces de suplir esa carencia, o más bien se trata de algo que simplemente no figura en su agenda.

En el resumen introductorio al trabajo de terreno, Marc-Arthur Fils-Aimé² se plantea que la crisis que viven el campesinado y el desarrollo urbano se origina en la crisis prolongada del Estado. Para la mayoría de los encuestados el dilema haitiano se define a partir del problema del Estado. Habría que preguntarse, con Fils-Aimé, si se trata del Estado como aparato, o de la “crisis de una nación como fundamento de una existencia común articulada y creadora de su imaginario a través de las expresiones sociales, culturales o sobre otras bases”.

En el caso de Haití la concepción del Estado no responde al modelo neoliberal ni al modelo liberal tradicional, sino que adopta una expresión distinta de lo que conocemos en el resto de los países latinoamericanos y caribeños. Laënnec

² Director del Instituto Cultural Karl Lévêque.

Hurbon,³ que ha reflexionado sobre esta modalidad de ordenamiento, considera que el Estado haitiano se ha configurado como una institucionalidad para sí, carente de proyección nacional fuera de sus fronteras institucionales, que no se plantea la necesidad de proveer una imagen de sí mismo hacia la población. Mantiene su imagen pública principalmente hacia el extranjero. En el resto del continente, las instituciones estatales tendrían una misión que se han habituado a incumplir. En Haití, esta misión está por recuperar.

Hurbon considera que esta especificidad hay que buscarla en la historia de la implantación del Estado haitiano a lo largo del siglo XIX, lo cual hace que se presente como su “marca de fábrica”, y se traduce en la dificultad orgánica para identificar a sus propios ciudadanos.

Dicho fenómeno parece estar fuertemente vinculado al cuadro de marginación y desconexión al cual las presiones de la dominación imperialista francesa, primero, y norteamericana, después, forzaron a la nación haitiana, y posiblemente también cuenta para explicar la implantación del duvalierismo después de la intervención de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX. Y en el hecho de que el Estado haitiano se viera convertido en una fuerza de colonización de sus propios ciudadanos, en especial del campesinado. Pasó poco tiempo, después de la salida de la esclavitud, para que el campesinado, mayoritario, comenzara a ser desprovisto de la formación de una conciencia de ciudadanía, de derechos universales, y de la convicción de que este también forma parte de una nación haitiana, o sea del legado ideológico mismo de la Revolución que sus padres protagonizaron. El aislamiento, las urgencias de la subsistencia y el analfabetismo debieron jugar el papel decisivo en este propósito de las potencias imperiales.

En la mayor parte de los testimonios recogidos en el trabajo de terreno que precedió al Taller, se hace evidente una con-

³ De la intervención, en el Taller, de Laënnec Hurbon, antropólogo haitiano, investigador titular del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de Francia.

ciencia pesimista en lo que se refiere a acudir a las autoridades públicas, a las mismas instancias municipales, y mucho menos a las nacionales. La visión de la institucionalidad estatal, más allá de los gobiernos, se manifiesta como algo ajeno a las necesidades y la subsistencia de la comunidad, cuyas demandas son sistemáticamente desatendidas. Salvo en los tiempos de elecciones, único momento en el cual se hace presente la clase política, con vistas a la recaudación de votos. Motivo por el cual la búsqueda de salidas desde los movimientos sociales pone énfasis en el papel de la educación popular: la necesidad de “hacer comprender a la gente que la elección no es un fin sino un medio y que no basta con ser electo para contar con legitimidad”⁴, confirma que sin educación popular es imposible asentar una institucionalidad democrática.

Se podría afirmar que el campesinado ha sido formado en una especie de cultura del desamparo, que le induce a renunciar a la noción de derechos ante el aparato del Estado, y le lleva como tendencia natural a la búsqueda de soluciones en el extranjero. El “extranjero” podría significar para la lógica espontánea del campesino, en primera instancia, Puerto Príncipe, la propia capital. Como en otras latitudes latinoamericanas y, en general, de los países periféricos, el primer escalón migratorio se produce del campo a la ciudad. El siguiente se da en el cruce de la frontera con la República Dominicana y, el tercero, hacia los centros capitalistas del Norte: en especial los Estados Unidos y el Canadá francófono. Son corrientes paralelas, a las que me volveré a referir, que descansan en diferentes mercados de fuerza de trabajo, conectados entre sí.

La economía haitiana se nos presenta fuertemente penetrada y dominada por el mercado. Esta afirmación por sí sola sería un lugar común que puede servir para referirse al mundo que compartimos en su totalidad. ¿Dónde no es así? ¿Quién puede presumir de haber logrado escapar del todo de esta dominación? De lo que se trata, a mi juicio, es de preci-

⁴ Literal de un testimonio recogido, entre otros, en Konbit Peyzan Nip (KPN), organización campesina en la localidad de Chalán.

sar dos distinciones. La primera es que la estratificación del mercado, formal e informal, adopta en Haití un grado de polaridad incalculable; la segunda es que el sometimiento al mercado alcanza una brutalidad que otras economías que exhiben similares niveles de pobreza, pero que cuentan con mecanismos de cohesión comunitaria (incluso de carácter tribal), es probable que no conozcan. La desprotección de los dispositivos productivos y de la economía formal, en general, empuja a buscar la subsistencia en forma masiva en el llamado *petit commerce*, que podríamos definir como la expresión más precaria del comercio informal, y que constituye el modo de subsistencia de la mayor parte de la población urbana. La migración campesina que se incorpora a la capital asocia, automáticamente, la subsistencia, a buscar cualquier cosa para vender, al cambio informal de dinero, a la mendicidad, a la prostitución y a todos los escalones del delito, dentro de un ambiente en el cual se puede llegar a actuar con mucha impunidad.

La cuestión de la especificidad de lo que podríamos llamar el esquema mercantil dominante en Haití no fue un tema del Taller, en cuya agenda no figuraba, pero he considerado oportuno aludirla aquí por la relación que guarda con la brecha extrema entre el Estado y una sociedad en condiciones de abandono.

Al interior de la sociedad haitiana, la presión migratoria reviste igualmente una intensidad singular. También matices diferenciados en torno a los destinos. Los criterios recogidos en las encuestas con movimientos campesinos sugieren que el grueso de la emigración de la población rural no se orienta a la diáspora.⁵ “La diáspora” definiría a Miami, Nueva York, Montreal, París. No incluye a la República Dominicana, que se considera en un rango cercano a la migración a

⁵ Me apoyo sobre todo en las respuestas de un líder del movimiento campesino de la localidad de Belle-Fontaine, que se encuentran recogidas en el texto de los resultados del trabajo de terreno, y en el debate en vivo en el Taller.

la capital. No se habla de los haitianos en la República Dominicana como diáspora y no creo que se deba a razones geográficas (ni políticas, por supuesto) sino económicas: como destino migratorio “no significa prosperidad”. El paso a la República Dominicana pone a la fuerza de trabajo haitiana en condiciones de esclavización tan intensas como pueden ser las del trabajo en las maquiladoras implantadas en el territorio de Haití, o más allá. Y su remuneración es tan precaria que se hace casi insignificante en términos de remesas familiares.

La diáspora, la otra migración, nos dice Fils-Aimé,⁶ tiene responsabilidad en la solución y en la génesis de los problemas sociales del país. Su contribución por la vía de las remesas representa un peso específico muy alto en los ingresos que llegan a Haití, y que en este caso van dirigidos no sólo a la subsistencia sino al comercio. Sobre todo al *petit commerce*. Se trata de una contribución que reproduce la estratificación dominante. Además existe una brecha entre lo que vive cotidianamente el pueblo y lo que sienten y expresan los ciudadanos haitianos en el exterior. Es decir, en la “diáspora”.

Desde las perspectivas que condicionan una especificidad tal del ordenamiento político, el debate sobre la descentralización también adquiere matices significativos. Estamos ante una nación descentralizada por desamparo, pero con una proyección institucional escasa y extremadamente reciente de la gestión local en términos formales.⁷ En trance de una descentralización por déficit de gestión estatal, a una que consolide los patrones neoliberales que relevan al Estado de res-

⁶ Sintetizo expresiones de Marc-Arthur Fils-Aimé en el texto de los resultados, y otras de su exposición en el Taller.

⁷ En el plano jurídico, en un esfuerzo tardío de acoplamiento institucional al modelo neoliberal, el presidente provisional Boniface Alexandre firmó tres decretos en los primeros días de febrero de 2006. Estos proveen una “definición del cuadro general de la descentralización, los principios de organización y el funcionamiento de las colectividades territoriales haitianas”, la regulación de “la organización y el funcionamiento de las comunas” y del “funcionamiento de las secciones comunales”.

ponsabilidades. El debate del momento, más que sobre la disyuntiva “centralizar/descentralizar” deviene un debate sobre *qué entendemos por descentralización*.

La tendencia a buscar legitimación en la autogestión de los movimientos sociales puede descuidar la necesidad de un poder que salvaguarde la implantación de un régimen de justicia social, de manera que el debate toca por igual a la cuestión de *qué Estado*. La solución del problema del sistema político no pasa sólo por asegurar la selección de gobernantes responsables, sino por el diseño de las funciones del Estado. A la percepción de que las organizaciones sociales están forzadas a hacer lo que correspondería al Estado, y que este es incapaz de hacer, Camille Chalmers⁸ y otros participantes oponen la necesidad de evitar que se introduzca la idea de una descentralización que exima al Estado. En su lugar debe exigirse el restablecimiento de la responsabilidad del Estado: “un Estado que no excluya, es el desafío”. Resultó este un punto nítidamente vinculado al problema crítico del “rescate de la confianza”.

A pesar de que la totalidad de los participantes en el Taller representaban a organizaciones no gubernamentales (ONG), la experiencia del papel jugado por estas resultó tan criticada como las insuficiencias del Estado haitiano. No como rechazo total, ni para obviarlas dentro del espectro institucional, sino debido a un estilo de funcionamiento. Muchas de las ONG haitianas —especialmente las que surgieron alrededor de 1986, o sea, con el fin de la época de Duvalier— nacieron en el seno o bajo el amparo de la Iglesia católica, con el apoyo de elementos progresistas dentro de esta. Porque hasta la caída de Duvalier no era posible otro espacio de organización. Estas organizaciones se separan luego de ella, en la medida en que descubren que su discurso no responde a las necesidades de un cambio. Aunque se inspire en la misión global de la Iglesia católica, no

⁸ El sociólogo Camille Chalmers, profesor de la Universidad Nacional de Haití y coordinador de Plate-Forme Haitienne de Plaidoyer pour un Developpement Alternatif (PAPDA), participó en el diseño del trabajo y en los debates sostenidos en el Taller.

llega a los niveles de las organizaciones populares, caracterizadas por un discurso radical y reivindicativo.⁹ De todos modos en el período abierto en 1986 y hasta el golpe de estado de 1991, que derrocó el primer gobierno de Jean Bertrand Aristide, se fueron ampliando, progresivamente, espacios de organización, hasta culminar, bajo el mandato de Eartha Pascal Trouillot, en las presidenciales de 1990.

La crítica más reiterada se concreta en que las ONG, en su proyección local, “tratan de tomar el lugar del Estado, pero el servicio que proveen no puede ser permanente”. No pueden ofrecer por sí mismas soluciones a largo plazo, sino simples paliativos, soluciones asistenciales. Normalmente, frente al desamparo. Miembros de organizaciones campesinas opinan que el tipo de operaciones prevaleciente entre las ONG que funcionan en Haití puede contribuir a incrementar la desestabilización del país y a debilitar los movimientos populares, en especial el movimiento campesino.¹⁰ Se percibe el riesgo de una balcanización de los movimientos sociales: una multitud de ONG o, en su caso, también de denominaciones religiosas, que siguen cada una su proyecto, sin concertación ni integración en un proyecto nacional. “Funciona cada una como una minirepública”. Riesgo que también se observa en la cooperación descentralizada no concertada.

Para concluir estas notas, quiero subrayar que a la hora de la formulación de prioridades para las propuestas orientadas a enfrentar la crisis de la economía y la sociedad haitiana, alcanzó un consenso alto la necesidad de fomentar un proyecto integral de educación popular. Algo que permita articular en red esfuerzos de la institucionalidad civil, y a la vez presione al Estado a cumplir sus funciones.

Desde la perspectiva de los movimientos sociales, la educación popular es considerada como el medio más efectivo para

⁹ Tomo elementos de las intervenciones de Jocelyne Colas, secretaria de la Comisión Justicia y Paz de la Arquidiócesis de Puerto Príncipe.

¹⁰ Criterios expresados en diversas intervenciones, por representantes de Konbit Peyzan Nip (KPN) y de otras organizaciones.

plantearse un proyecto de avance y cambio social, con vistas a cortar la reproducción de la miseria, desde la vertiente de la acción comunitaria. El resumen del trabajo de terreno caracteriza el objetivo como el paso de “una miseria indigna a una pobreza con dignidad”.

El cuerpo de la educación popular, según fue debatida, abarcaría la alfabetización y la incorporación progresiva al sistema escolar de los jóvenes haitianos. Comporta por igual la consolidación del *creole* como lengua nacional, expresiva de los valores y tradiciones culturales del pueblo haitiano. Supone también, como objetivo, avanzar hacia la convergencia en un sistema único de educación. Y finalmente, el principio de una educación ligada a la solidaridad y no a la demanda del mercado de fuerza de trabajo, responsable principal de la interrupción sistemática de la escolarización y reproductora del ciclo de la pobreza a escala familiar.

Los proyectos de educación popular deben orientarse, en consecuencia, en sentido distinto al de la incorporación a los dispositivos socioeconómicos dominantes, los cuales son agresivamente mercantiles. Dicho en términos generales, de manera paralela a la escolarización, la educación que se practique debe ser concebida con un contenido concientizador. La idea de “capital humano” cobraría el sentido de un valor comunitario, solidario, puesto en función del mejoramiento de las condiciones de vida de la comunidad, y no dentro de un proyecto estrictamente personal o familiar.

Seguramente muchas de las afirmaciones que contienen las líneas precedentes merecen discusión, pero el carácter tan contradictorio de la realidad que reflejan hace de esto una virtud, ya que nos sugieren precisamente el sentido de una lectura ajena al inmovilismo, realista, sin ilusiones, pero portadora también de esperanzas y de confianza en la potencialidad del movimiento popular.